Escrito por: charly_bo

Resumen:

...Hermanito, ya no sigas. No sabes lo que haces”.-Me decía llorando Astrid.
Yo, cegado me dije a mí mismo que si ya había llegado hasta ahí, no podía irme sin meterle el polvo...

Relato:

Esta historia es muy traumática para mí. Estuve en un psiquiátrico como año y medio.
A mis 18 años comencé a consumir drogas. Empecé por marihuana hasta llegar a cosas más fuertes como la base.
Tengo una hermana menor que por entonces iba por los 16, se llama Astrid. Casi no nos veíamos, mis padres eran separados, ella vivía con mi madre y yo con mi padre, quien lastimosamente murió por alcoholismo.
Mis visitas a mi madre y hermana eran sólo para pedir dinero. No me importaban las súplicas de ambas, terminaba prometiendo, en vano, que iba a cambiar y a conseguir trabajo ya que ni la escuela había terminado.
Una tarde en que estaba “alucinado”, me fui a casa de mi madre a pedirle dinero, pero sólo encontré a Astrid haciendo sus deberes de la escuela.
-“¿Qué te pasa, te ves extraño?”.-Me dijo ella.
-“No pasa nada hermanita, simplemente me fume un tubito”.
Astrid se puso a llorar, en su desesperación quiso pegarme. Yo la tomé de ambas manos.
-“Oye, qué cosa te pasa. ¡A mí no me vas a tocar!”.-Le grité.
Ella algo asustada se apartó. Me dirigí al cuarto de mi madre, me acosté en su cama y me quedé dormido.
Como a las dos horas me desperté, estaba tapado con una frazada. Creí que ya había llegado mi madre.
-“Vieja, ¿ya estas aquí?”.
Al no ver a nadie, fui al cuarto de Astrid pero estaba cerrada la puerta. Puse mi mano en la perilla y la hice girar.
Para mi sorpresa, se abrió y de golpe entré.
Astrid estaba semidesnuda, al parecer se había duchado mientras yo estaba dormido.
-“¡Oye, cómo vas a entrar así!”.
-“Lo siento hermanita”.-Le dije a tiempo que me salía cerrando la puerta. Alcancé a ver los senos de Astrid, la verdad que los tenía redonditos y ricos, bien blanquitos. Luego su calzón blanquito.
Se me quedó esa imagen en la mente, no pude evitar tener una erección pese a que ella era mi hermana.
Mi madre llegó, hizo su “melodrama” de siempre, pero terminó dándome unos pesos.
Como a los tres días, me volví a echar una buena “fumada” y lo primero que llenó mi cabeza fue la imagen de Astrid sin ropa.
Recuerdo que me fui a mi cuarto, tenía fotos de ella, las saqué y me

la imaginé sin la ropa. Tuve de nuevo una erección pero esta vez no me hice la paja sino que por “algo” me propuse irla a buscar.
Llegué a casa y no estaban ni mi madre ni ella. Me resigné a esperar sentado en la calle.
Al poco rato llegó Astrid con su uniforme de colegio, su falda, blusa y chompa.
Me le fui por detrás.
-“Hola hermanita”.
.-“Mírate, ¿de nuevo en las mismas? ¿Qué quieres ahora? Tú vas a matar a nuestra madre”.
-“No pelearemos, sólo invítame un pancito y me voy”.-Le dije en plan de hacerle sentir lástima.
-“Entra de una vez”.-Abrió la puerta y me hizo pasar.
-“Voy a calentar el almuerzo. Mamá deja preparado en la mañana. Espérame, me voy a cambiar”.
Esa última frase volvió a meter en mi “cabeza volada” la obsesión de verla desnuda de nuevo y tal vez llegar a algo más.
Esperé un momento y me dirigí a su cuarto. Volví a abrir de golpe la puerta y esta vez la encontré con la blusa desabrochada y sin la falda, sólo con tanga.
-“¡Qué mierda te pasa para entrar así, vete!”.-Dijo cubriéndose lo mejor que pudo.
Esta vez se sorprendió al ver que no me salí.
-“Hermanita, qué linda estás. Sólo déjame verte de nuevo esas tetitas”.-Le empecé a decir acercándome con morbo.
-“Oye, ¡aléjate, no te acerques!”.-Me gritó mientras al mismo tiempo empezaba a llorar.
Simplemente recuerdo que la droga me hizo actuar. Le agarré las manos y la voté a la cama.
-“Basta, por favor. No me hagas daño”.-Ella suplicaba. Pero mi instinto animal me decía que tenía que verle las tetas.
No me costó subirle el sostén, pues la blusa ya se la había quitado. Cuando tuve sus tetas libres, las miré con fuego en la mirada y se las empecé a lamer, a chupar y a morder. Astrid lloraba y me pedía que no siga; sin embargo no me importaba. Se las seguí chupando hasta que sentí mi verga reventar por la excitación. Puse mi mano en su concha por encima de su calzón y se la manoseé.
-“Hermanito, ya no sigas. No sabes lo que haces”.-Me decía llorando Astrid.
Yo, cegado me dije a mí mismo que si ya había llegado hasta ahí, no podía irme sin meterle el polvo.
Fue una lucha total para quitarle la tanga, yo me bajé el pantalón y calzoncillo liberando mi verga erecta. Astrid tenía mucho miedo. Poco a poco fue perdiendo las fuerzas para luchar contra mí, logré separarle las piernas y cuando iba a metérsela, se movía, una y otra vez me esquivaba. Eso me dio rabia y le metí tremendo revés.
Ahí ya no se movió, hizo a un lado la mirada y la penetré haciéndole gritar de dolor.
Sentí rico en su apreta concha, se la metí y saqué varias veces hasta que desleché dentro de ella.
-“Maldita, si te hubieras dejado de principio no te habría lastimado”.-Le dije luego de levantarme y ver su cuerpo desnudo en la cama.

Fui al baño, me limpié y me salí de la casa.
Con el tiempo supe que mi madre encontró a Astrid así como la dejé, en shock y con escalofríos. Casi le da un derrame cerebral de ver así a mi hermana quien fue a tratamiento psicológico y psiquiátrico por mucho tiempo ya que incluso tuvo que abortar un hijo que sería al mismo tiempo su sobrino.
Yo por drogas fui a dar al manicomio, un día mi hermana fue a verme. Yo ni reaccioné. Pero mi mente que guardaba la sensación de haberla poseído, me tuvo “loco” por mucho tiempo más, ya que aunque cometí un crimen, un pecado, una aberración, etc, en toda mi locura sentí un placer infinito violando a mi hermana.